

la llevaron hacia el interior. Ella se defendió cuanto pudo...» Los militares se echaron a reír, mientras la señora Weill caía desmayada. Por la noche, sin que sepa aún quién la llevó hasta allá, la desgraciada encontróse en las inmediaciones del castillo, y al volver en sí no vió un alma en la calle. La ciudad, después del incendio, parecía un cementerio humeante. No oía ni un murmullo, y en el estupor de su situación, apenas dábale cuenta de lo que acababa de sucederle. Tambaleándose como si hubiera estado borracha, echó a andar por las calles, enloquecida, sin saber ni adónde iba ni de dónde venía. En su mente las visiones más desordenadas se mezclaban, y le parecía que su hija se hallaba a su lado. De pronto, al llegar a la puerta de su casa, desplomóse de nuevo, lanzando un grito desgarrador. Una patrulla la recogió y la llevó al Hospital, donde las Hermanas de la Caridad la reconocieron.

—Ahí está siempre—nos dice la dama que nos refiere esta horrible aventura.

Y agrega:

—Aún no ha recobrado completamente la razón... De vez en cuando llama a su marido y a su hija, que están en el cielo, y luego se queda días enteros sin dar la menor muestra de juicio.

La señora Keller, con su exaltada generosidad meridional, exclama:

—¡Ah, los miserables, los cobardes!...

—Calma—repite su marido—, calma...

Cuando salimos de la casa del alcalde con objeto de visitar las ruinas, estas últimas palabras acuden como un estribillo a mi memoria a cada paso. Todo Luneville, en efecto, respira la calma. La gente pasa tranquila, como si la tragedia recién vivida fuese una historia lejana. En las tiendas que venden tarjetas postales, las mujeres ofrecen las vistas de los edificios incendiados, sin la menor apariencia de emoción. Y cuando pregun-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

tamos a alguien el camino de la Sinagoga, de la Prefectura, del Municipio o de algún otro lugar de lúgubre peregrinación, nos lo indica muy impasible, cual si se tratara de itinerario pacífico y natural.

Una gran melancolía, un gran abandono parecen reinar en la ciudad. M. Keller hablábanos hace un momento del desarrollo de su vida industrial, y nos daba datos halagüeños. La fabricación de automóviles, de vagones de ferrocarril, de porcelanas y de sales químicas ocupa millares de obreros. Su comercio aumenta de tal modo, que Louis Madelin ha podido decir que «lleva una marcha de 120 por hora». Sus habitantes, en fin, son cada día más numerosos. Pero de todo esto, al menos en los instantes actuales, ninguna huella se descubre. Medio adormecida en su atmósfera gris, Luneville parece no existir sino para custodiar el castillo del duque Leopoldo, cuyas nobles arcadas se destacan en el fondo de un inmenso patio con una majestad que hace pensar en Versalles.

—En verano—nos dice nuestro guía—el parque se llena de parejas galantes. De Nancy mismo suele venir a divertirse la gente alegre...

Lo de alegre, en este ambiente grave, suave y callado, me choca como una ironía.

EN PONT-A-MOUSSON

LA BOMBARDEADA

3 de marzo.



« aquí no podemos pasar... Oigan ustedes...

Una granada acaba de estallar a doscientos metros y una nube de humo se alza sobre los techos, allá en el fondo, envolviendo las altas torres de la iglesia principal. La calle en la cual nos encontramos es una de las primeras de Pont-a-Mousson, una calle relativamente amplia y moderna, con casitas de dos pisos. Continuando por ella, llegaríamos en cinco minutos a la plaza Duroc, que es el centro de la ciudad, y podríamos ver de cerca los antiguos barrios, que el cañón alemán se empeña en bombardear cual si fuesen fortalezas. A derecha e izquierda vemos las tiendas cerradas, las puertas cerradas, las ventanas cerradas. Sólo una taberna, a algunos metros de distancia, está aún abierta, y el tabernero se halla de pie en la estrecha acera, examinando desde lejos los efectos de la explosión.

Nuestro guía, a quien le preguntamos por qué no hemos de continuar nuestro paseo, nos dice:

—Es la consigna... No tengo derecho a penetrar en los barrios céntricos, que se hallan bajo el fuego... Bastantes disgustos ha tenido el Estado Mayor por la aventu-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

ra de Reims... ¡Figúrense ustedes lo que diría todo el mundo si los periodistas extranjeros murieran en una de estas excursiones!...

Un inglés, muy grave, hace notar con orgullo que somos corresponsales de guerra.

—Por mi parte—contéstale nuestro *cicerone*—, yo no tendría inconveniente... Pero la consigna...

El tabernero se acerca a nuestro grupo, obsequioso, y nos dice, señalando el lugar donde acaba de caer el obús:

—Siempre ahí... Plaza San Antonio... Calle de los Jardines... Plaza Duroc... Quieren acabar con las iglesias, como en Reims...

Es cierto. Desde hace seis meses, el histórico Pont-a-Mousson se encuentra sumergido en una tempestad de metralla que, día por día y hora por hora, destruye sus viejas piedras venerables. Las más hermosas fachadas de otro tiempo, que los artistas del mundo entero venían a contemplar con respeto, se han hundido ya. Los dos santuarios locales pierden, poco a poco, sus delicadas esculturas exteriores, y dentro de algún tiempo no serán sino ruinas ennegrecidas por las llamas.

Y no es sólo lo antiguo lo que provoca la cólera absurda del enemigo, sino también lo nuevo, lo positivo, lo que constituye la riqueza de la ciudad. Como su gran vecina Nancy, en efecto, este lugar, colocado a nueve o diez kilómetros de la frontera, se ha desarrollado en los últimos años en proporciones increíbles. Desde la calle en que nos hallamos inmovilizados se ven a lo lejos, en las márgenes del Mosela, numerosas chimeneas de fábricas. Sus productos son famosos, no sólo en Francia, sino en toda Europa. Su riqueza, su actividad y su espíritu emprendedor son proverbiales en las regiones del Este.

—¡Otra bomba!—exclama el tabernero, señalándonos

una llama que acaba de encenderse en una altura hacia el Norte.

Al mismo tiempo, una formidable explosión conmueve el aire y hace estremecerse las vidrieras de la ventana que tenemos a nuestra derecha.

—Ya oirán ustedes más—agrega.

Al considerar la importancia industrial de Pont-a-Mousson, al ver sus chimeneas mutiladas por los obuses, al oír hablar de la actividad febril con que los capitalistas loreneses agrandaban estos altos hornos, estas fundiciones, estas cartonerías, estas fábricas de japone-rías lacadas, estas imprentas de cuyas prensas salen millones de estampas populares, uno se pregunta si la ciudad había perdido durante la paz el recuerdo de las guerras pasadas. Desde las colinas cercanas, las torres de Metz, en que los militares prusianos montaban la guardia, veíanse a todas horas. En diez minutos de automóvil, los comerciantes ricos iban hasta la frontera. Y cuando las fortalezas enemigas ensayaban sus nuevos cañones de sitio, sus rugidos amenazadores oíanse en la plaza Duroc mejor que el trueno de las baterías de Toul. «El día mismo en que estalle la guerra—decían los oficiales alemanes a M. Ardouin Dumazet—nuestras granadas despertarán a los dragones mussipontanos de un modo desagradable.» Los dragones refan. Y era natural. «¡Ya veremos quién despierta al otro!», exclamaban con su hermosa *insouciance* de guerreros impacientes de lucha. Pero lo extraño es que esta misma *insouciance* la demostraban los manufactureros. De 1870 a 1914, la población obrera del lugar ha quintuplicado. De comarcas relativamente abrigadas, los *maîtres de forges* venían a establecer en este campo avanzado sus talleres. El humo de la hulla envolvía poco a poco el paisaje en una perpetua nube fecunda. En las inmediaciones, entre las viñas y los plantíos de lúpulo, las «villas» blancas surgían en grupos floridos formando aldeas de lujo que

ninguna inquietud parecía atormentar. Y no puede decirse que esta gente tuviese derecho a acariciar las ilusiones pacifistas de los políticos de París. En la Lorena nadie ha creído nunca en la paz durable. Viendo de cerca a sus adversarios, todos sabían con cuánto ahinco se preparaban para el ataque brusco. Pero, como los pueblos que viven en las faldas de las montañas, habían llegado, en un metódico espíritu de energía, a no temer el alud siempre suspendido sobre sus cabezas. *Nous verrons, bien ce qui arrive*, murmuraban cuando alguien les hacía ver el riesgo que corrían sus empresas.

Lo que pasa lo están viendo desde hace seis meses.

—Durante los últimos días de julio—nos dice el tabernero—, mientras los periódicos parisienses seguían tratando de engañarse con ilusiones de arreglos diplomáticos, nosotros sabíamos ya que la guerra estaba declarada. Todas las mañanas, al levantarnos, nos preguntábamos si llegaría la noche sin que la invasión se realizase. El 29, cuando aún no se había roto la paz de un modo oficial, las patrullas alemanas atravesaron la frontera y mataron a un centinela llamado Pouget. Los órdenes de París eran terminantes: no había que movernos, las negociaciones continuaban... El 30 cayó muerto el teniente Honoré, de un regimiento de cazadores. Entonces las tropas de la guarnición, a pesar de la consigna, capturaron a los prusianos que nos habían invadido. El 31, al fin, se recibió la noticia de la movilización general, y todos nos alegramos. ¡Qué demonio, no es que a uno le entusiasme la guerra, especialmente cuando se halla en las primeras filas!... Sólo que aquello no podía durar, y ya que nos atacaban, siquiera queríamos defendernos. Una vez la guerra declarada, no volvimos a ver las famosas patrullas. Los *bochs*, bien enterados de todo lo que pasa, sabían que nuestros soldados no se dejarían ya matar, como el pobre Pouget. Durante más de una semana, el silencio en la fron-

tera fué completo. Al fin, el 11 de agosto el bombardeo comenzó.

El tabernero nos señala con la mano los barrios que más han sufrido.

—Ahora—exclama sonriendo—debemos hallarnos en el bombardeo número sesenta, que desde hace tres días trata de quitarnos el sueño... Pero ya estamos acostumbrados y ya sabemos cuáles son los barrios peligrosos... Por aquí sólo los obuses perdidos llegan... Es en el centro donde la lluvia resulta fuerte...

Lo mismo que en Reims y en Arras, en efecto, los alemanes se ensañan, Dios y los católicos sabrán por qué, contra los lugares en donde se hallan las grandes iglesias y los establecimientos cristianos. Desde el mes de agosto, las altas torres de San Lorenzo y de San Martín sirven de punto de mira a las baterías. Un domingo, a la hora de la misa mayor, cuando la parroquia principal estaba llena de mujeres que oraban por sus pobres hijos ausentes, las granadas comenzaron a caer sobre el templo. Las antiguas vidrieras de colores volaban en mil pedazos, y los santos de piedra del pórtico caían mutilados. En medio de la emoción natural causada por aquel atentado, el cura seguía oficiando con tanta calma que nadie se movió. Al salir de misa, las infelices no reconocieron el lugar en que se encontraban. Las casas venerables del barrio de San Lorenzo, las viejas casas del siglo xvi, que eran el orgullo de la ciudad, habían sido destruidas. El día de Todos los Santos, fué el cementerio el que sirvió de blanco a los artilleros del Káiser. ¿No era natural que la pobre gente hubiera aquel día ido a visitar a sus muertos?... Pues había que darle un concierto de bombas. Y desde las doce del día, los obuses comenzaron a destruir las sepulturas, a dispersar los huesos, a enterrar las reliquias. Muchos que habían salido para pasar una hora en el camposanto, quedaron allí para siempre.

—¡Ah! ¡Los cobardes! — exclama nuestro tabernero, amenazando con sus puños crispados el centro, donde otra bomba acaba de estallar.

Luego, calmándose de pronto y como respondiendo a alguna observación interior, agrega:

—Sí... Cobardes... En otros lugares, según dicen los periódicos, los alemanes se han mostrado bravos... Aquí, no... Ya ven ustedes que llevamos seis meses de guerra y que aún están donde estaban el primer día... ¡Ellos que decían que Pont-à-Mousson era un paseo sin dificultades!... ¡Buen paseo se dieron cuando quisieron establecerse aquí!... Me acuerdo de aquella mañana del 5 de septiembre en que las campanas, tocando a rebato, nos anunciaron que el enemigo se acercaba... Era el momento en que París parecía perdido, en que nuestras tropas se retiraban por el Sena, en que el desastre se anunciaba tan grande como el año 70. Sin embargo, aquí no había ni miedo ni fiebre. ¿Ven ustedes cómo está la ciudad ahora?... Pues lo mismo estaba entonces: triste, no hay duda, con menos gente que en tiempos ordinarios, sin sus tiendas y sus cafés; pero, en fin, no puede decirse que estuviera muerta, ni menos aún que temblara... La vecindad de la frontera lo acostumbra a uno al peligro, y el continuo trato con los alemanes nos hace ver que no tienen nada de terribles cuando se les mira bien de frente y se les habla alto... Bueno, pues en cuanto las tropas comenzaron a avanzar, lo primero que nuestros defensores hicieron fué volar el puente... Cuestión de ganar tiempo nada más, porque con las fuerzas de que disponíamos no era posible oponerse a la marcha de las inmensas columnas que nos atacaban. Al cabo de seis o siete horas de trabajo, los condenados consiguieron entrar por el barrio de San Martín... Entraban cantando, cogidos de las manos, en masas compactas, mientras los nuestros se retiraban para concentrarse en las afueras, por el lado de Santa Genoveva.

En un instante ocuparon las casas, se instalaron en los hoteles y vaciaron las cuevas, como si hubieran sido dueños de todo. Los oficiales conocían bien la ciudad y se presentaban muy tranquilos en las familias, asegurando que no había nada que temer y que no cometerían ningún abuso... Yo no he leído el informe sobre las atrocidades cometidas en la Lorena; pero no creo que hable de Pont-à-Mousson. Aquí, en efecto, los soldados pagaban lo que pedían y no molestaban a la gente. Según parece, el gobernador de Metz les había ordenado que respetaran la ciudad, porque el Emperador la había ya anexionado a su reino. Si se hubieran quedado quietos, tal vez no los hubiéramos podido echar, porque nuestras baterías no querían bombardearnos a nosotros. Sólo que se les ocurrió perseguir a las tropas francesas, y el día 6 salieron por aquí muy marciales, cantando siempre. Yo estaba en la puerta, y al verme me saludaban con la mano y me hacían señas para indicarme que volverían pronto a beberse mis botellas. Y sí que volvieron, cuando los nuestros los derrotaron en pleno campo; y volvieron corriendo, sin sus cascos, muchos sin sus fusiles, más pálidos que la cera... La batalla les había costado 5.000 muertos y cerca de 10.000 heridos... Durante toda la noche, los carros de la ambulancia pasaron por aquí, y nosotros oíamos los lamentos de los heridos. Ni un momento se detuvieron en la ciudad. En desorden, desocuparon el centro y se fueron a los afueras... ¡Qué alegría la de la gente! Éramos nosotros los que cantábamos, los que bebíamos... Aquí, no dejé pagar a nadie aquella noche... Pero el 9, con tropas frescas, volvieron hasta la plaza Duroc, donde organizaron un concierto con las músicas de sus regimientos. Lo malo es que ya parecían menos mansos que la primera vez. La tienda se me llenó de ciclistas del Cuerpo de Ingenieros, que traían colgadas a la cintura bombas de petróleo, para incendiar a la primera señal de alarma. Yo, como hablaban

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

alemán lo mismo que ellos, los interrogué, después de ofrecerles algunas copas, y supe que la orden del general era no salir de la ciudad mientras quedara un soldado capaz de defenderla. «Ya estamos aquí para siempre, camarada», me decían, apurando buenos vasos de aguardiente. Yo les daba todo lo que querían, para que hablaran. Uno de ellos me llamó «compatriota». «Soy francés», le contesté. «No—exclamó—, alemán; tú, alemán; yo, alemán; todos los franceses, alemanes; todos hermanos... Sólo los ingleses, ¡*caput!*, hay que cortarles el pescuezo, porque nos han hecho pelear.» Luego, muy seriamente, me aseguró que su comandante acababa de recibir un despacho del Kronprinz, de París, y que Poincaré había entregado su espada para ponerse bajo las órdenes del Emperador para luchar contra Inglaterra. «¡*Caput* los ingleses—gritaba—; *caput!*; ahora todos juntos contra ellos!» Al día siguiente, las patrullas avanzadas señalaron la marcha de nuestras tropas, viniendo de Jazairville, y en el acto los alemanes, que habían jurado no marcharse, comenzaron a huir, así como lo digo, a huir, sin pensar siquiera defenderse, sin tener tiempo de servirse de sus bombas incendiarias. Toda la noche del 10 fué un desfile ininterrumpido, desordenado, frenético... Los caballos aplastaban a los que se quedaban atrás; los jefes gritaban sin hacerse oír; los soldados murmuraban... El 11, por la mañana, no quedaba ni un enemigo en la ciudad, y desde entonces no hemos vuelto a verlos... El tabernero parece tan orgulloso de lo que nos cuenta, que cualquiera diría que es él quien hizo retroceder al enemigo. De pronto, oyendo una nueva granada, su rostro cambia de expresión.

—¡Ah, *les cochons!*—exclama.

Sus ojos buscan en el espacio el lugar de donde salen los disparos. Entre la bruma, las colinas vecinas no aparecen sino como vagas nubes grises que se arrastran en lontananza.

—Así nos tienen desde que se fueron—termina diciendo—, bajo una lluvia de fuego que no se calma unos días sino para recomenzar luego más recia... Nada los contiene... ¡La bandera blanca de la Cruz Roja!... ¡Bah!... En cuanto la ven, ¡pum!, un cañonazo... En las fábricas y en las escuelas había ambulancias, que han sido destruidas... La plaza Duroc está llena de agujeros... Pero eso no importa; no nos intimidan... ¡Había que ver, hace tres meses, cuando el bombardeo hacía saltar los hospitales, la calma con que el comandante Sarvagnac se paseaba por las calles, con su cigarrillo en la boca, bromeando con los chiquillos y consolando a los heridos... No sé cómo no lo mataron cien veces... Ahora, ya no tienen tanta rabia... Oigan ustedes...

Otra bomba acaba de estallar, siempre en el barrio de las iglesias, y una columna de humo se eleva en el espacio, siempre a doscientos metros del lugar en que nos encontramos. El cañoneo no cambia de sitio. De diez en diez minutos, metódicamente, los obuses caen allá en el fondo. Algunas personas pasan, no obstante, por las calles que suben y van hacia el centro, como si nada aconteciera de particular. Los chiquillos corren, a lo lejos, encaminándose a los lugares en donde hay algo nuevo que ver, alguna casa ayer aún intacta y hoy destruida, algún casco de granada todavía caliente...

Sólo nosotros estamos aquí inmobilizados, sin poder dar un paso, sin poder ver las vidrieras rotas de San Lorenzo o de San Martín, sin poder hablar con los que viven en perpetuo peligro. En los rostros de cuatro o cinco mujeres que nos rodean, se nos figura leer una triste sonrisa de ironía ante nuestra quietud. Todos, hasta los más prudentes, nos sentimos avergonzados de huir así de un peligro que no asusta ni a los ancianos.

Unos metros más, hasta ver la plaza Duroc — murmuramos—, no sería una gran hazaña...

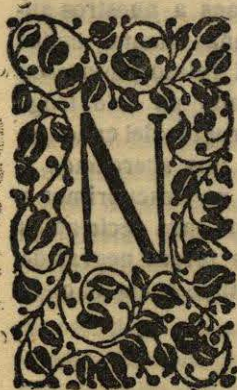
Pero nuestro guía mueve negativamente la cabeza, con su aire inflexible.

—¿Creen ustedes que a mí no me interesaría también ver las casas destruidas?—exclama, al fin, irritado por nuestra insistencia—. Yo tengo mi curiosidad, como todo el mundo, y me pican los pies de estar aquí parado... Pero la consigna es la consigna... ¡Eh, marchémonos para evitar tentaciones vanas!...

Y, tristes y silenciosos, nos volvemos a nuestros automóviles, sin haber visto más que unas cuantas calles casi desiertas, sin haber oído sino el relato pintoresco de nuestro tabernero, sin haber tocado un solo fragmento de bomba recién abierta... El rugido del cañón se apaga poco a poco, a medida que nos acercamos a Loisy. Y al fin, en el ambiente gris, no descubrimos a nuestra espalda, cuando nos volvemos para decir adiós a la brava ciudad mártir, sino las dos torres negras de la iglesia principal, que siguen elevando hacia el cielo preces que Dios no quiere oír...

EL SOLDADO FRANCÉS

8 de marzo.



o es en el silencio y en la inmovilidad de las trincheras donde mejor se ve el alma del soldado, sino en el campamento de las últimas líneas, en el que descansan los que han luchado, en el que se forman las columnas de ataque, en el que se organiza día por día la pelea, en fin, y que, con su bullicio, con su movimiento, con su alegría, es como un compendio de la existencia militar francesa. Varias veces, desde hace quince días, hemos pasado por esos vivacs cuyas casitas de paja nos han llamado la atención.

—Son las aldeas negras—nos ha dicho nuestro *cicerone*.

Y, en efecto, con sus chozas amontonadas bajo los árboles, parecen aldeas de Africa a primera vista. Pero cuando uno se acerca y examina, una por una, las deleznable construcciones, la sensación de lo primitivo desaparece y se piensa en lo que sería una ciudad moderna reducida a proporciones liliputienses y edificada con ramas y con paja. Rivalizando en arte y en ingenio, cada grupo de soldados se esfuerza por sobrepasar el lujo arquitectónico de los vecinos. Unos imitan los monumentos famosos, haciendo Louvres para muñecas o Elisios para enanos. Otros se contentan con *châlets* nor-

CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

mandos de techos complicados. Los más humildes siempre buscan, en el arreglo de sus fachadas, algo que no sea demasiado sencillo.

El campamento donde hoy nos hemos detenido, en las inmediaciones del bosque del Argona, tiene fama de ser uno de los más suntuosos y de los más animados de la Lorena y de la Champaña. «Ciudad de primer orden, célebre por sus edificios, cafés, teatros, calles, etc.», dice un letrero colocado a la entrada del lugar.

—¡Estación termal—grita un soldado.

Otro exclama:

—¡Cocina famosa!...

Por todas partes la alegría reina, todos los rostros respiran la satisfacción, todos los labios sonríen.

—Los que se hallan ahora aquí—nos explica el capitán Valotte—han pasado una semana en las trincheras de primera línea, y descansan algunos días antes de volver al fuego... Llevan cuatro meses largos de campaña, y ya ustedes ven si parecen fatigados. Los servicios de Sanidad están admirados de la resistencia de las tropas. No hay ni enfermos ni debilitados. En los primeros días, algunos muchachos muy jóvenes inspiraron inquietudes. Hoy esos mismos muchachos están desconocidos, gordos, fuertes... Hay personas que no pueden creer lo que ven; de tal modo es extraordinaria la rapidez con que los contingentes de las ciudades y de los campos llegan a amalgamarse, hasta el punto de no formar sino una masa compacta y armoniosa, animada por un mismo resorte moral. Los que temían que el servicio militar obligatorio les quitase a las tropas su antigua fuerza y su antigua homogeneidad, no pueden dejar de reconocer su error. En los pocos meses que llevamos en guerra, debe asegurarse que hemos logrado hacer un ejército como no lo habíamos tenido nunca. Los agregados militares decían ayer, hablando de la campaña actual, que nadie en el mundo se explica la metamorfosis que

ha hecho de nuestro *troupiér* un modelo de paciencia.

Hasta hace poco tiempo, en efecto, el soldado francés tenía fama de ser muy superior en el ataque que en la resistencia. «Si lográis ganarles la primera batalla—decía el gran Federico refiriéndose a las tropas de Luis XV—, les ganaréis las demás.» Y esta idea era tan general en el mundo, que la mayor parte de los críticos militares tenían la convicción de que la suerte de la guerra dependería del resultado del primer combate. «Si los alemanes logran una gran victoria en la frontera—escribió en agosto Mr. Akkins—, nada les detendrá en su marcha contra París.» La victoria la tuvieron en Charleroi, una victoria inmensa, una victoria cuyas consecuencias parecieron mortales para el país invadido. Y, no obstante, cuando después de la retirada el generalísimo Joffre dió, en las márgenes del Marne, el grito de alto, sus fuerzas, lejos de aparecer debilitadas y enervadas, mostráronse más robustas que nunca. Por primera vez en la historia, Francia había aprendido, en el curso de un desastre, a organizar el triunfo.

Dándose cuenta del carácter de la campaña actual, el *petit troupiér*, hasta ayer sólo famoso por su ardor en la carga, prueba ahora que puede ser tan capaz como su enemigo de tenacidad, de paciencia, de silencio y de resignación pasiva.

Desde hace meses, en efecto, lucha con más calma que furia, ganando el terreno palmo a palmo, volviendo diez, veinte veces, sobre las mismas trincheras, permaneciendo inmóvil bajo la lluvia de metralla, dando, en fin, un ejemplo de sangre fría, que todo el Universo admira, no sin algo de extrañeza. «Confieso—escribe el japonés Banno—que no creí a los franceses capaces de este metódico encarnizamiento, más propio de las razas del Norte, y que el espectáculo de la pelea, tal cual se desarrolla, hace ver hasta qué punto una nación enérgica e inteligente puede adoptar todos los sistemas.»

Pero el mismo Banno, recordando los actos heroicos que ha presenciado en Flandes, declara que en su nuevo avatar guerrero el francés no ha perdido nada de su caballeresco heroísmo. «En Manchuria—escribe—tuvimos nosotros un general, Matsunaga, que en un peligro grande prefirió morir, sacrificando todas sus tropas en una loca cabalgata, a rendirse. En Port-Arthur, el general Nakamura hizo vestirse de blanco, que es el color del luto y de la muerte entre nosotros, a sus soldados, y los llevó al asalto de una fortaleza, donde todos sucumbieron realmente. Yo pensaba que hechos de armas cual éstos no se verían ya en países de extremada civilización como los de Europa. Lo contrario me fué demostrado por el magnífico general Moussy, que, viéndolo toda su brigada en peligro, dió a la cabeza de su caballería una carga inverosímil; por el almirante Renach, que en la defensa de Dixmude vió caer a su lado a todos sus oficiales y solo él siguió mandando los restos de sus marinos; por el general Grosetti, que, luchando contra fuerzas cuatro veces superiores, encendió su pipa bajo los obuses, ordenó el ataque y logró el triunfo.»

Lo malo—o lo bueno—es que Joffre, con su alma positivista de catalán, no es partidario de estos derroches de bravura elegante. Los pobres cadetes de Saint-Cyr lo saben por experiencia.

¿Habéis oído hablar de la aventura de estos jóvenes adolescentes? Nombrados subtenientes al declararse la guerra, los cadetes se dieron palabra de que, al ir al fuego por primera vez, se pondrían sus guantes blancos y sus penachos tricolor. En vano sus jefes les hicieron notar que las últimas Ordenanzas recomiendan ocultar todos aquellos signos exteriores que pueden hacer reconocer al oficial entre sus soldados. Con una idea de la guerra que no es de hoy, sino del tiempo de Bayardo, los heroicos muchachos cumplieron su mutua promesa, y casi todos sucumbieron víctimas de ella. Los que

se salvaron fueron, no felicitados, no, sino castigados. —*Pas de romantismes!*—grita el generalísimo cuando le hablan de actos así.

Pero, ¿quién logrará jamás destruir, en el alma de la raza, la levadura milenaria de heroísmo sonoro, risueño, lleno de encantadoras puerilidades y de sublimes generosidades, que constituye lo que en otro tiempo se llamó la «furia» francesa? En las trincheras, callando y acechando, el *troupier* hace un sacrificio y lo hace con algo de tristeza. Para alegrarlo, basta que alguien le prometa un cambio en la estrategia general de las operaciones. Hace pocos días, Joffre hizo leer ante las tropas una orden del día concebida, más o menos, en los términos siguientes: «Desde este momento pasamos al ataque. Es necesario vencer o morir. Vosotros, los vencedores del Marne y del Iser, venceréis de nuevo.» Y era de verse el entusiasmo, el ardor, el júbilo con que todo el ejército recibió aquel anuncio de una nueva táctica. Engañados por el fuego de las palabras del gran jefe, todos creían que de lo que se trataba era de abandonar para siempre las trincheras, de lanzarse a la lucha franca en campo raso, de cabalgar noblemente con la lanza en ristre, de correr con la bayoneta calada al asalto... En los campamentos, las canciones celebraban ya, cual el anuncio de una resurrección, el fin de la vida de topos, de la lucha de bestias subterráneas, de las mañas de trogloditas. ¡Luz, aire, espacio, alegría, movimiento, viva Francia, viva el penacho, vivan los guantes blancos de Saint-Cyr!... Y fué necesario que los jefes explicaran a sus hombres que el ataque, tal cual el generalísimo lo comprende, no supone por ahora un cambio de método, sino una actividad mayor dentro del sistema actual.

¡Ah! ¡El sistema actual! Hoy justamente *Le Temps* publica una carta, escrita por un soldado, en la que están resumidas todas las antipatías resignadas que los

franceses sienten hacia la guerra de topos. «Los alemanes han transformado la profesión de las armas en un oficio de baja albañilería; en cuanto tomamos una posición, antes que pensar en los fusiles, tenemos que empuñar las palas, los picos y los azadones para crearnos nuevas cavernas. La vida que en las zanjas llevamos no es tan triste como uno se lo figura al principio, y a no ser por la lluvia, casi sería soportable. No tenemos frío, gracias a los abrigo que nos mandan de todas partes. La comida es buena y abundante: carne, legumbres, sardinas, chocolate; en fin, no hay nada que decir por esta parte. Pero si materialmente estamos bien, el grito unánime es: «¡Pronto, pronto, sacadnos de aquí para luchar en pleno campo y avanzar a la bayoneta, al abrigo del tiro maravilloso de nuestros cañones!» Esta guerra de enterrados repugna a nuestro temperamento, y si la hacemos, y la hacemos tan bien como nuestros enemigos, es por la convicción de que no hay otro remedio por ahora. Pero en verdad se necesita más heroísmo para esto de esconderse al tirar, de no salir sino arrastrándose y de atacar andando a gatas y de cortar las redes de alambres en medio de la noche, que para marchar alegremente entre la metralla, al son del clarín que toca la carga, en plena luz. Tomar una trinchera es una operación metódica y científica. Hay que hacerlo, y se hace. Vamos avanzando por metros, y la sensación general es que estamos siempre inmóviles. No nos movemos: he ahí nuestro tormento de la vida de trincheras.»

Aquí, en el vivac, entre las casitas de paja, no sólo se mueven, sino que se agitan palpitando al soplo de las más nobles esperanzas, de las más heroicas ilusiones. Como niños, se divierten, ríen, cantan, se dan bromas, se cuentan aventuras extraordinarias, y, en una palabra, hacen revivir, a dos mil quinientos años de distancia, la alegría del campamento griego tal cual lo vemos

en los cuadros de Jenofonte, con su regocijo algo grosero que el perpetuo peligro embellece, con su abundancia de trofeos improvisados, con sus libaciones clandestinas y sus humildes banquetes, con sus canciones en las cuales se habla siempre de los bárbaros y se pinta a un emperador que lo mismo puede ser Artajerjes que Guillermo II, a causa de sus manos llenas de sangre inocente...

Son estupendas estas tropas compuestas de hombres de todas las edades y que parecen no tener sino veinte años—me dice uno de mis compañeros.

—Lo estupendo—le contesto—es lo contrario.

En efecto: resulta inverosímil que este ejército de cinco meses haya ya tenido tiempo, no sólo de hacer de todo el pueblo una masa compacta que lucha admirablemente, sino hasta de crear veteranos como aquellos *grognards* de Bonaparte que parecían siempre quejarse de su suerte y que siempre eran los primeros en buscar las ocasiones de correr hacia el peligro. Los periódicos de París han hablado de un tal Jigo que fué condecorado con la medalla militar hace pocos días. Jigo es un ser delicioso. «Sucio—dice su biógrafo—, peludo, hirsuto, con el quepis echado sobre la oreja izquierda, oloroso siempre a aguardiente y a tabaco, no deja de aturdir a sus compañeros con el trueno de sus fanfarronadas. Tiene más de cuarenta años, y se alistó como voluntario el día mismo de la movilización. Cuando el jefe da una orden, Jigo murmura entre dientes, frunciendo las cejas. Pero en cuanto se trata de marchar, Jigo va siempre delante. Es el voluntario constante: voluntario para las patrullas arriesgadas, para las misiones difíciles, para los actos extraordinarios. Lo único que exige es que lo dejen ir solo. ¿Para qué le han de servir unos cuantos compañeros, si sus andanzas son siempre de uno contra un ejército? Solo, andando despacio, se va por los bosques o por los senderos del cam-

po, y llega hasta donde debe llegar. Cuando tiene frío, mata a un centinela enemigo para quitarle su capote, y cuando supone que en una trinchera alemana hay algunas botellas de aguardiente, no descansa hasta que decide a sus jefes a atacarlas a la bayoneta. «Las botellas—dice—pueden romper las botellas.» Y para Jigo nada es más sagrado en el mundo. Su capitán lo adora y lo amenaza todos los días con hacerlo fusilar. Porque no hay nada menos disciplinado que Jigo. En las marchas, desaparece a menudo; cuando se le busca, no se le encuentra; pero de repente se le ve llegar algo ensangrentado, cantando siempre y cargado de buenas noticias que a veces salvan a su regimiento.» Este veterano voluntario, gruñón y bromista, no es único. En cada compañía, en cada sección, hay así uno o unos cuantos *bougres* de igual especie, que lo mismo componen una copla para hacer reír al coronel, que se sacrifican para dar gusto al sargento. Ellos son los que fabrican las casitas más coquetas en los campamentos; ellos los que, sin que nadie adivine cómo, encuentran gallinas y patos para aumentar el «ordinario» de los compañeros; ellos los que, en los momentos trágicos, cuando los jóvenes piensan en sus madres o en sus novias y se ponen pálidos bajo la metralla, saben encontrar la frase enorme y chusca que ahoga el miedo en risas; ellos los que, si se trata de pedir al general la gracia de un pobre *lascar* condenado por cualquier falta involuntaria, pasan por encima de la jerarquía y se van hasta el Estado Mayor con la pipa en los labios; ellos, en fin, los que pueden ser llamados directores espirituales del ejército.

En el campamento donde hoy nos encontramos, el que nos hace los honores es un sargento de esa raza curiosa de veteranos que ríen y gruñen a la vez y que con sus maneras familiares y su acento cordial parecen sumir, en favor de los humildes, todas las diferencias